

destia ante el tema, por vuestro tono totalmente nuevo en la literatura francesa, pertenecéis, querido Lautreamont, a tierras nuevas, donde no está permitida la duda, y que parecen trabajadas aún por la geología.

Cuánta es vuestra familiaridad con los elementos, con el océano, «ese célibe» a quien interpeláis como a un hermano mayor, o mejor dicho, seamos justos, como a un hermano menor. Y habéis traído a la literatura universal, Lautreamont, un soplo nuevo, inmenso espacio de cielo y de océano.

Laforgue y Lautreamont, qué importa que uno de vosotros alce la voz y el otro la sofoque, que uno se adelante y el otro se retraiga voluntariamente, que uno cante y el otro murmure, que uno sea más francés que uruguayo y el otro más uruguayo que francés, sois dos poetas, dos hombres bien definidos bajo las estrellas y habéis merecido del planeta Tierra, quien hace girar suavemente vuestras cenizas en Francia y casi en los antípodas, esta placa y su gloria: la Tierra elemento para los poetas desaparecidos a quienes hizo sufrir y quienes le cantaron.

UN JUICIO HONROSO PARA LA REVISTA NACIONAL

Damos a continuación el texto del informe producido por la Comisión Asesora de adquisiciones de obras, del Ministerio de Instrucción Pública, respecto a la REVISTA NACIONAL y su difusión por medio de la Biblioteca Nacional:

Señor Ministro:

Evacuando el informe dispuesto, cumple esta Comisión en manifestar que la REVISTA NACIONAL, que dirige el señor Raúl Montero Bustamante, es una publicación que hace honor al país. Compuesta con un espíritu superior de razonada tolerancia —y ajena, por consiguiente, a todo sentimiento de secta o de bandería;— sería, educadora, marcando siempre rumbos en las sendas del arte y de la cultura, —y, por eso mismo, digna de respeto como cátedra e interesante por todas las ideas que divulga,— y además de ello, que no es poco en estos tiempos de improvisación y de novelorías, bien escrita, en una prosa castellana que no es frecuente en publicaciones que presumen de literarias y aspiran a encarrilar el buen gusto del público, se impone y recomienda entre las mejores que ven la luz pública en nuestro continente y constituye un signo perfecto del grado de adelanto intelectual alcanzado por nuestro país. Muy pocas revistas, en efecto, en América son dignas de competir con ella, así por la variedad de los temas, la preparación y competencia con que ellos son tratados, el equilibrio y dignidad que los anima, como por el noble afán de divulgación de la enseñanza que persigue, constantemente puesto de manifiesto en los más mínimos particulares. Sólo

conocemos unas pocas publicaciones de verdadera jerarquía intelectual que puedan enfrentársele — *Cubana contemporánea*, de La Habana, *Nosotros*, de la Argentina, la *Revista de Indias*, *Civilización*, la de la Academia de Colombia, *Atene*, de Chile, — por citar algunas de las que han logrado mayor nombradía y autoridad en los centros intelectuales de América. Desconocer esto que decimos es ignorar lo que está en la conciencia de todos.

No obstante, no han faltado descontentadizos y malintencionados que, solapada o abiertamente, adujeran por ahí que la REVISTA NACIONAL es demasiado seria, pesada, aristocrática; que en sus páginas se publican estudios harto extensos, en demasía documentados y un sí es no es aburridos. Agregan aún tales censores, mostrando con ello su criterio y sus preferencias artísticas, que en sus páginas no lucen, con la abundancia que fuera de desear, esos versos y prosas de la mal denominada «nueva sensibilidad» que traduce las normas y rumbos de los escritores jóvenes, de los espíritus revolucionarios, de los cultores de la nueva estética. Para estas personas afiliadas a una tendencia literaria, a una capilla que trata de convertir una moda transitoria y efímera en patrón de alta literatura, la REVISTA NACIONAL debiera dar acogida preferente y premurosa a composiciones compuestas de acuerdo con esa tendencia y cuyo mérito es sobrado discutible; habría que empezar por demostrar que así, hecha de ese modo, la revista estaría mejor, y después, que esos escritores nuevos son mejores que los antiguos, y sus trabajos de mayor valimiento que los de éstos. No se hacen cargo, por otro lado, que por su misma índole, una publicación que presume de ser fiel exponente de la alta intelectualidad uruguaya, no debe ser vehículo de realizaciones equivocadas, de formas reñidas con el buen gusto, los principios básicos del idioma y hasta del buen sentido. No es que se trate, por supuesto, de resistir a las ideas nuevas y de cerrarles el paso a las corrientes renovadoras; es la consideración que no siempre lo último es lo mejor, ni lo más nuevo lo más bueno, que en lo «nuevo» también, como nos lo enseña Vaz Ferreira, el ilustre maestro a quien nadie osará tachar de retrógrado, hay lo bueno y lo malo, lo que es digno de seguirse y lo indigno de ser imitado, lo que por sí mismo importa un avance y lo que en realidad no es más que un retroceso sobre las conquistas adquiridas. Dígallo la literatura de los «preciosos», en Francia; el «marinismo», en Italia; el «culteranismo» y el «conceptismo», en España; dígallo toda esa literatura «decadente» de las pos-trimerías del siglo XIX, que se ahogó en un maelström de incoherencias, de la cual no recordamos hoy media docena de obras (y eso mismo debido más al nombre de sus autores que a la valía propia de las encalabrinadas elucubraciones); díganlo todos esos «pianos bizcos», esos «gritos verdes», esos «mástiles de arena», esos «rostros sobre el párpado», etc., etc., que pretenden ser expresiones refinadas y artísticas, sugerentes y originales y se quedan en ingenuas expresiones

de un espíritu que quiere decir una cosa y no sabe decirla, o en ingratos balbuceos de alguien que ignora que la lengua castellana, por rica y bien arquitecturada, consiente la expresión de todas las ideas, así de las más abstrusas como de las más difíciles de expresar. Es que el arte literario es algo más que el espejo y relumbrón de una piedra de similor; si la realidad de una verdadera piedra fina no pone sus fuegos en la joya trabajada, la joya no pasará de ser jamás una pieza de chafalonía.

Volviendo a la REVISTA NACIONAL, cabe agregar que su publicación honra la cultura del Uruguay. En sus páginas lucen los nombres y los escritos de todos cuantos han contribuido con su talento al desenvolvimiento de dicha cultura. Compuesta por una conciencia que sabe sacrificar la propia vanidad al claro lustre de la ajena inteligencia, que posee el amor y el respeto del arte, que sabe encauzarlo y dirigirlo, ningún nombre de alguna significación está excluido de sus páginas y los valores, que por diversas causas aún no han colaborado, no abrigamos la menor duda, que se incorporarán, en un futuro no lejano, a esta jerárquica publicación. Por reflejar con exacta fidelidad el movimiento intelectual cumplido en nuestro país, también ha acogido las páginas olvidadas de eméritos compatriotas fallecidos, que fueron en su hora conciencias directrices, agujas imantadas reveladoras del rumbo a seguir. Y junto a estos «pionners», los atisbos y descubiertas, los acentos reveladores y los gritos de rebelión de los escritores noveles, de los muchachos que traen en realidad algo nuevo, algo honradamente bello y personal, — de los que serán nuestras glorias futuras, porque ya son más que una promesa en este instante que vivimos.

Una revista, concebida y realizada así, merece el apoyo de los Poderes Públicos, si éstos han de ser los propulsores y vigilantes del progreso de la nación. La iniciativa privada, el esfuerzo personal, logra muy poca cosa en nuestro medio. Las mismas industrias, las más progresistas, las más provechosas, las más necesarias, se ven amenudo malogradas cuando les falta el concurso del poder público. Para ceñirnos a nuestro asunto, cabe decir que no se logra éxito cumplido con el aporte que pueden prestar algunas instituciones. Y es de esperar ansiosamente, que el Ministerio que posee entre sus facultades la de propender a la expansión de la cultura pública, aporte con mayores recursos presupuestales para tener la seguridad absoluta que en ningún momento la REVISTA NACIONAL, dejará de aparecer en el ambiente cultural del país, siendo de destacar que otras entidades del Estado que no tienen aquella misión, contribuyen en la medida de sus posibilidades a su circulación y difusión. Es absurdo que éstas, como en el caso ocurrente, se suscriban a veinte o cincuenta ejemplares de la revista, y que la Biblioteca Nacional no pueda suscribirse más que a sesenta ejemplares.

Por todo lo expuesto, considera esta Comisión que la Biblioteca

Nacional, arbitrando los fondos que sean necesarios, debe suscribirse por lo menos a ciento cincuenta números de cada uno de los que se vayan publicando de la REVISTA NACIONAL con destino a canje, de preferencia en el exterior. Que éste será el mejor medio de hacer conocer el alto grado de importancia y significación alcanzado por las letras en el Uruguay. — *Víctor Pérez Petit*. — *Juan Antonio Zubillaga*. — *Aurelio Pastori*.

DIFUSION DE NUESTRA CULTURA POETICA

Nos hemos referido ya, con elogio, a la obra de difusión de nuestra cultura literaria que viene realizando en revistas extranjeras nuestro distinguido colaborador, el poeta y escritor Gastón Figueira. Hoy, leyendo ahora los últimos números de la revista «La Nueva Democracia», que aparece mensualmente en Nueva York, editada en idioma castellano por el *Committee on Cooperation in Latin America*, hallamos en ellos poemas de los autores nacionales Alejandro C. Arias y Ernesto Pinto, con noticias biocríticas del señor Figueira que definen la posición de ambos poetas en nuestro parnaso. Del señor Arias se insertan cuatro bellos sonetos, y del señor Pinto cuatro breves e intensos poemas. Uno y otro poeta representan con verdadera jerarquía la actualidad de nuestra lírica.

En la sección bibliográfica de la misma revista, que está a cargo del señor Figueira, entre numerosas notas críticas que demuestran la copiosa lectura del autor, hallamos dos juicios sobre libros de Carlos Rodríguez Pintos y Francisco Alejandro Lanza, que transcribimos a continuación.

Sobre «Doce poemas», de Carlos Rodríguez Pintos, preciosa antología de la que oportunamente nos ocupamos en nuestras páginas, escribe el señor Figueira:

«En este magnífico libro está bien representada la poesía de los más puros y finos valores de la actual lírica uruguaya y americana. Poesía esencial, libre de todo elemento superfluo; poesía de cálida onda emotiva y, a la vez de sabia depuración expresional, límpida, ardua, sutil, confesional, cuya nueva visión, cuya penetración en el misterio poético, nos hace evocar la bella afirmación de Pascal: «Dios ha representado, en las visibles, las cosas invisibles».

Dentro de la riqueza de matices, este libro posee una perfecta unidad. Comienza con el «Canto al cielo de América», en el que resulta difícil decir cuál es el aspecto que más valoramos: si la nobleza y autenticidad de su emoción americana y universal a la vez o la perfección alquitarada de su forma. Una imaginación ardorosa rutila en las estrofas de ese canto en que «el poeta levanta su espejo de alabanza, hacia la forma pura» de ese cielo, «río, más que río cisterna».

Ese canto es a manera de ancho pórtico para los poemas que